



vió indignada contra su hechura, y el presuntuoso Riperdá fué obligado á dimitir, reservándose una pension considerable para mitigar el rigor de su desgracia. Aun esto perdió el ex-ministro por su torpeza, pues aturdido por no sé qué imaginaciones de persecucion de los grandes y enfurecimiento del populacho contra su persona, se refugió en casa del embajador inglés, á quien en pago de su hospitalidad reveló con desordenado aumento todos los secretos de Estado de la córte de España, y despues de haber dado este paso tan atentatorio á la seguridad é interés del rey y de la nacion, aún tuvo ánimo para escribir á aquél una carta recordándole sus servicios y aconsejándole que abandonara la alianza del emperador por la de Francia é Inglaterra.

Desde aquí empiezan las extrañas aventuras de Riperdá. Felipe lo reclamó al embajador inglés, y éste se negó á entregarlo de un modo tan flojo, que dió ánimos al rey para quebrantar el derecho de naciones y apoderarse de la persona del ex-ministro en el mismo palacio de la embajada. Esto no dió lugar más que á una fria protesta del embajador y á algunas notas diplomáticas cruzadas entre ambos gabinetes y que no tuvieron ninguna consecuencia. Riperdá fué trasladado al alcázar de Segovia, donde pasó en prision quince meses, hasta que halló medio de evadirse, y pasó á Portugal, Inglaterra, Holanda y Rusia.

Pero hallándose acosado en todas partes por la persecucion del gobierno español, que se mostraba ansioso de haberlo á mano para castigar sus criminales indiscreciones, pasó á Marruecos, abrazó la religion mahometana, desempeñó elevados cargos y peleó contra huestes españolas. Por fin, ya retirado en Istria, en 1737, la muerte puso fin á los azares de su vida, habiéndose al morir, segun dicen, reducido á nuestra religion. En cuanto á su carácter, si bien amenizado por el talento, no muy digno de detenido estudio, baste para conocerlo lo que queda dicho: quiso sobrepujar á Alberoni, y fué á él lo que Jerjes á Alejandro.

Los años subsiguientes, desde el de 1726 hasta el de 1733, fueron muy vacíos de mudanzas y aventuras, siendo pobreza para la histo-

ria el moderado bienestar de los pueblos. Grimaldo, sucesor de Riperdá, y Orendayn, ya nombrado marqués de la Paz, dirigieron los negocios despues de la caída de aquél: el primero, escudado con su respetabilidad, su honradez, su experiencia y su adhesion al rey; el segundo con su servicialidad, sus lisonjas y su obediencia á los menores caprichos de la reina. Habia adquirido el partido aleman tanta preponderancia en nuestra córte, que no se veia sino por los ojos del embajador austriaco, ni se rechazaba ninguna de sus exigencias; Grimaldo, Arriaza ministro de Hacienda, y Bermudez, confesor del rey, cayeron en desgracia por haber querido contrarrestar esta influencia. El conde de Konigseg, embajador de Austria, tenía tan en alto grado posesionada la voluntad de la reina, que esta mujer, á quien se sometia como siempre todo el giro de los negocios, creia que no habia nada bueno para sus intereses fuera de la córte de Viena, y fueron considerados como perjudiciales enemigos cuantos mantenian buenas relaciones con las Cortes de Francia é Inglaterra.

En la primera empezó á ejercer las funciones de primer ministro, no sin que para ello mediasen intrigas de nuestro gabinete, el cardenal Fleury, varon de edad provecta y de carácter honrado y tímido, que sin abrigar, ni con mucho, las tendencias ambiciosas de su antecesor el duque de Borbon, dedicó todos sus cuidados al restablecimiento de la paz. En Inglaterra tambien empezó por entones á dirigir los asuntos sir Roberto Walpole, que así como Fleury dirigia todas sus miras al mantenimiento de la paz. Gracias á esta concordancia de opiniones, quedaron inutilizados los planes de Felipe para introducir division entre estas dos potencias. Cimiento poco seguro era, por otra parte, para la alianza entre el emperador y Felipe V, la antigua enemistad que habia mediado entre los dos; así que, á pesar de la influencia austriaca, solia alguna vez aflojarse la estrechura de este lazo, y dirigirse nuestras miradas amistosas á Francia ó á Inglaterra, siempre con más frecuencia á la primera que á la segunda, á pesar del desaire que en ella hicieran quebrantando la promesa de casamiento de



Luis XV con la infanta Mariana. A todo esto, Felipe no perdia la esperanza de sentarse con el tiempo en el trono francés, esperanza á que daba algun fundamento la poca salud de Luis XV, y sobre lo cual envió á París al abate Montgon con instrucciones secretas, que no le impidieron malograr por su indiscrecion el negocio.

Por otro lado, empezaban ya á hacer ruido los aprestos militares. Burlada España en sus planes de separar á la Francia de las potencias contra-aliadas y en especial de Inglaterra, y no queriendo perder los enormes sacrificios pecuniarios que ya habia hecho á instancias del gobierno de Viena, decidióse que las armas reemplazasen á las demandas y explicaciones, é hicieron preparativos para establecer el sitio sobre la plaza de Gibraltar. El emperador, obligado como se hallaba á secundar nuestros movimientos, se agregó una porcion de pequeños estados para que coadyuvasen al plan comun; se granjeó el apoyo de la Rusia y la neutralidad de la Prusia; intrigó con los jacobitas ó partidarios de la dinastía de Stewart, que estaba en el continente, é incomodó á la Inglaterra por cuantos medios pudo. El rey de España emprendió más francamente las hostilidades, y á la verdad que fueron éstas dirigidas con poca fortuna y peor destreza. La captura de un buque inglés, ricamente cargado y perteneciente á la compañía del mar del Sur, en Veracruz, y un proyecto de invasion por nuestra parte en las islas británicas, dieron la señal de la lucha. Signióse el sitio de Gibraltar con un ejército de veinticinco mil hombres por parte de tierra, alarde infructuoso mientras los ingleses tuvieron el mar por suyo. En vano expuso esta misma razon contra el proyectado ataque el marqués de Villadarias, que durante la guerra de sucesion habia intentado semejante empresa, y estaba convencido de su imposibilidad por experiencia propia, que habiéndosele encargado ahora este empeño, prefirió dimitir sus cargos á echar sobre sí la responsabilidad de un nuevo fracaso. Fué nombrado entonces para efectuar el proyecto el marqués de Las Torres, hombre más presuntuoso que prudente, que contrastando el parecer de los más expertos mili-

tares, dijo que respondia de dejar la plaza por nuestra en el término de seis semanas.

Empezó el sitio el dia 11 de Febrero de 1727; pero á pesar de la temeraria promesa del marqués de Las Torres, siguió por mucho tiempo sin que los nuestros consiguiesen ventaja alguna. Los ingleses no se descuidaron ni en enviar refuerzos por la via del mar á la plaza, ni en contener con mano fuerte las intentonas de los jacobitas, ni en facultar al gobierno por conducto de su Parlamento para organizar un ejército de consideracion, ni en tomar á sueldo gran número de soldados extranjeros.

Sus buques recorrieron nuestras costas del antiguo y nuevo continente, bloqueando á menudo nuestros puertos, asaltando nuestras flotas y causando en todas partes mucho daño á nuestro comercio. El emperador se vió comprometido tambien á causa de haber sido expulsado su embajador en Inglaterra por haber publicado un manifiesto subversivo contra el gobierno británico. Todo se volvia contra los aliados: Holanda, Suecia y Dinamarca accedieron á la liga de Hannover; Francia arrimó un ejército á las fronteras de Alemania, sin que la arredrasen las amenazas de Felipe; Prusia empezó á cejar en sus compromisos con el imperio; Rusia dejó de ofrecerle su poderoso apoyo por la muerte de la emperatriz Catalina I, y los pequeños potentados alemanes que se habian unido al Austria con el cebo de los subsidios españoles, volvieron atrás cuanto faltaron éstos. Comprometido así el emperador, se vió en el caso de negociar la paz y privar de su cooperacion á España. Inició los tratos el pontífice, é intervino para su conclusion, la Francia, en cuya capital se firmaron los preliminares el dia 31 de Mayo, y fueron aceptados despues, no sin trabajo, por el embajador español en Viena.

En virtud de estos preliminares, por los que se decidió que las cosas quedasen en el mismo estado que antes de 1725, y las diferencias de más cuantía se arreglasen en un congreso que se habria de reunir en Aix-la-Chapelle, cesaron las hostilidades y fueron mutuamente resarcidos los daños. Así de esta guerra, aunque breve, no nos resultaron más que gastos y pérdidas. Pero no siendo el ánimo de nuestro go-



bierno desistir con tanta facilidad de sus pretensiones, se fué dilatando mañosamente la ratificación de los preliminares. Ocurrió en esto la muerte de Jorge I y la subida al trono inglés de su hijo Jorge II, continuador de la política del padre, con cuyo motivo Felipe V, siempre enemistado con los ingleses y desearo de recobrar sus posesiones de Gibraltar y Menorca, empezó de nuevo á fomentar disturbios y á solicitar á los jacobitas, para que tomasen las armas. El emperador asimismo volvió sin escrúpulo á las andadas, atrayendo á su alianza al rey de Prusia y á muchos estados alemanes, y proyectando ataques contra el Hannover, las Provincias Unidas y áun la Francia. Jorge II supo prevenir estos golpes destruyendo el ascendiente imperial, y obligando á la corte de Madrid, como ménos comprometida, á buscar medio de proseguir por su cuenta las negociaciones. No podía la guerra ser en ningún caso destructora habiendo timidez por una parte y deseo de paz por la otra.

El ministro francés Fleury, interesado en este negocio y deseoso de terminarlo á satisfacción de todos, procuró entrar en buenas relaciones con España, no perdonando para ello medio alguno, ni áun el de desacreditar al emperador en sus cartas confidentiales. Como esto convenia igualmente á Felipe V que á Luis XV, y como ayudaban al dicho fin los lazos de familia y de patria, consiguió el prudente cardenal establecer una reconciliación entre los dos reyes, tras lo cual se dedicó á conciliar al de España con el de Inglaterra. Esto fué más difícil por el interés que tenia el emperador al impedirlo, como lo procuraba hacer secretamente, por el poco acierto del embajador holandés, Mr. de Vandermeer, que era quien andaba de una á otra parte llevando proposiciones y suavizando réplicas, y sobre todo por el poco deseo que tenían los reyes de España en concluir la paz y las largas dificultades que ponian de intento para embarazar la cuestión. Comprobación de estas malas disposiciones era, que apenas retirada de nuestras costas la escuadra inglesa, habian dejado subsistentes las obras hechas para el sitio de Gibraltar, con buen golpe de tropas por aquellos contornos en

aparato de bloqueo, y habian retenido las mercaderías inglesas que venian en la flota de América, y el navío Príncipe Federico, valiéndose para esta retención de pretextos especiosos, contra la letra de los preliminares aprobados. Los ingleses, por su parte, bloquearon á Cádiz y no dejaban de cruzar con sus buques por nuestras aguas. Para precipitar la marcha de las transacciones vinieron á Madrid Mr. Keen, embajador de Inglaterra, y el conde de Rottembourg, embajador de Francia, ambos muy bien convenidos entre sí, y enviado el segundo con el pretexto oficial de felicitar á reyes por el nacimiento del infante D. Felipe. Largo y fatigoso fuera entrar ahora en pormenores sobre todos los embarazos que ocurrieron en el curso de esta negociación, con gran impaciencia de los países interesados. La principal sostenedora de dificultades era la reina, tanto por su carácter imperioso y tenaz, cuanto por las sugerencias que sobre ello le hacia el austriaco por medio de su embajador Königseg. Todo se volvian conferencias en las cuales nada se determinaba, siendo las dos dificultades capitales que cada cual oponia, el uno la retención del buque *Príncipe Federico* y efectos de la flota, y el otro de la plaza de Gibraltar. Por fin, dieron tal vuelco las cosas, que la misma reina allanó los pasos para la reconciliación, de la cual habia sido hasta entonces el principal impedimento: valió para tanta mudanza, más bien que el aunado esfuerzo de todos contra ella, en primer lugar, el haberle faltado el incentivo del emperador, por cuanto éste se hallaba temeroso por las amenazas de los de la liga hannoveriana y la poca adhesión de los que se le mantenian unidos, y en segundo lugar, y más particularmente, por haber caído el rey en aquella sazón gravemente enfermo, con cuyo motivo temia ella que le faltara tiempo para sus planes de establecimiento en Italia. Hizo que su esposo se retirara al Pardo, á fin de prevenir ambiciones ocultando á la vista del público los progresos de la enfermedad; hizo entrar en el consejo al príncipe de Asturias, y obtuvo para sí el nombramiento de regente. Desde entonces, en lugar de oponerse al arreglo que se deseaba, se mostró más solícita que nunca por



su conclusión. Determinóla un escrito firmado por Felipe y conocido con el nombre de *acta del Pardo*, por el sitio en que fué firmada: en ella se declaraba la aceptación de los preliminares con algunas modificaciones de no mucha importancia, y se trasladaba á Soissons el congreso diplomático que se habia proyectado celebrar en Aix-la-Chapelle para resolver todas las diferencias que mediaban entre aquellas naciones. El motivo de la mencionada traslación no fué otro que la mayor facilidad del cardenal Fleury para asistir y dirigir la marcha del congreso en el primer punto, sin desatender los negocios de la administración del reino que le estaba encomendado.

El congreso de Soissons se abrió el día 14 de Junio de 1723, y fué tan inútil como el de Cambrai; gastóse mucho tiempo en pretensiones y disputas, y finalmente se deshizo aquella junta por cansancio y sucesiva retirada de los que la componian. La corte de España, según su política habitual, habia sido la que más habia puesto de su parte para entorpecer los tratos, hasta el punto de retirar á su agente, Mr. de Bournonville, cuando se estaba en el lleno de las discusiones. La reina, incitada por el partido austriaco, persistia en su odio contra la Inglaterra, y seguia como desde el principio de aquellos disturbios, pagando subsidios al emperador, dejándose gobernar por el agente de aquel Mr. Königseg, y molestando en cuanto le era dable con crecientes vejaciones el comercio de los de la liga hannoveriana. Maldecian los españoles la gravosa influencia del austriaco; pero no por eso era ménos real ni ménos grande el poder de la reina; salido su esposo de la enfermedad que la habia puesto en cuidado, pero sujeto á frecuentes achaques y melancolías que lo privaban á menudo de toda acción en el manejo de los negocios, ella era la que en nombre del rey despachaba con los ministros y firmaba las actuaciones con la estampilla de su marido.

Ella era la que sacrificaba al Austria los intereses españoles por la esperanza de que su hijo D. Carlos quedara heredado en Italia; ella la que consumia enormes capitales en proyectos desconocidos y en aprestos militares que

no llegaron á emplearse en el misterioso objeto para que se les destinaba; ella la que concertó el doble casamiento del príncipe de Asturias con la hija del rey de Portugal, y de la infanta María Ana con el príncipe del Brasil, por quitarle á los hannoverianos un aliado; ella, en fin, la que detuvo á duras penas la abdicación que queria repetir su melancólico esposo, cuyo decreto habia sido ya enviado al Consejo de Castilla, y no fué ejecutado porque su presidente, el arzobispo de Valencia, suspendió su publicación, y dió tiempo á la reina para que acudiera á destruirlo.

A pesar de estos deseos de abdicación, y lo triste y solitariamente que pasaba su vida, una esperanza vino por este tiempo á conmovier el ánimo de Felipe. El rey de Francia adoleció de viruelas, y el de España, contando ya con realizar la halagadora idea de sentarse en el trono que aquel iba á dejar vacío, y maquinando los medios de vencer á los que le saliesen al opósito, pasaba sus días en grande agitación y cuidado, cuando el restablecimiento de su sobrino desvaneció otra vez aquella halagüeña ilusión. Sin embargo, este suceso tuvo un influjo favorable en el ánimo del monarca, cuya hipocondría habia llegado á tomar el carácter de demencia, pues sacudido por la ambición, logró dominar su apatía y dedicarse, ya que no al cumplimiento de sus altos deberes, por lo ménos á los cuidados indispensables de la vida comun. Por este tiempo pasó la corte á Andalucía con objeto de ver la llegada de los galeones á Cádiz y el estado de aquel puerto, fijando el rey su residencia en Sevilla, donde permaneció por espacio de cuatro años, volviendo á establecerse en Madrid el centro del gobierno en 1733.

La conducta del emperador con respecto á la reina no era sincera: por mucho que abultase sus promesas, escociale en el alma que en Italia dominase un Borbon. El marqués de Monteleón, de quien ya tienen conocimiento los lectores, fué quien para fortuna de nuestra nación, empeñada en aquellos interminables debates, reveló á la alucinada reina la doblez de su aliado. Este, en efecto, habia ofrecido á franceses é ingleses abandonar la alianza de



España, con tal que le asegurasen una garantía de la pragmática-sancion; había solicitado de Antonio, duque de Parma, que se casase con una princesa de Módena para privar al infante de España de la sucesión eventual de aquellos Estados, y había procurado, en fin, estorbar este hecho por cuantos medios quedaban á su alcance. Por otra parte, el ministro de Hacienda, D. José Patiño, clamaba contra los austriacos, que con sus continuas demandas tenían siempre exhausto el tesoro, y á él imposibilitado por falta de recursos para plantear las reformas que tenía en el pensamiento: á fin de remediar este mal, corroboró los asertos de Monteleon y adujo pruebas sobre lo mismo. Siguió la voz el tropel de cortesanos, propensos á herir á quien ven próximo á caer; penetróse de la verdad la reina, y habiendo obtenido del emperador una respuesta evasiva cuando le pidió que expusiera sus intenciones con respecto á lo que se había tratado entre ellos, dirigióse en son de amistad á los aliados, que no deseaban otra cosa, y en breve se ajustó un tratado que se firmó en Sevilla el día 9 de Noviembre de 1729, por el cual se unian en alianza defensiva España, Francia é Inglaterra, y más adelante Holanda; se reparaban mutuamente los daños hechos, y se devolvían las presas con empeño de no hacerlas para en adelante; se restituía á los ingleses sus privilegios mercantiles, derogándose los concedidos á los austriacos por el tratado de Viena, y se consentía que D. Carlos pasase á Italia con alguna hueste española, obligándose las potencias firmantes á asegurar su derecho

de sucesion contra quien quiera que se lo disputase.

Suprimíase asimismo la llamada compañía de Ostende, que el emperador estaba empeñado en sostener como beneficiosa. Clamó altamente el Austriaco contra este tratado, y rehusó acceder á sus cláusulas, retirando á su embajador en Madrid, amenazando con una guerra general á todo trance, haciendo entrar tropas en el Milanesado, y ocupando con ellas el ducado de Parma, cuyo poseedor acababa de morir, so pretexto de que había quedado en cinta su viuda: pero por último, obligado por la necesidad y reducido por la intervencion de Inglaterra, accedió al tratado de Sevilla, con tal que las potencias firmantes de él le aseguraran la pragmática-sancion, y en un tratado con fecha del 22 de Julio, quedaron zanjadas las cuestiones particulares entre el emperador y el rey de España. El efecto principal de estos tratados fué apretar la amistad que naturalmente debía existir entre nuestra nacion y la francesa.

El infante don Carlos, niño aún en aquella época, pasó á Italia con algunas tropas, segun lo estipulado, se posesionó de los ducados de Parma y Plasencia, y fué reconocido sucesor del gran ducado de Toscana. Así quedó terminado aquel largo y enfadoso asunto, blanco de tantas intrigas y debates, y colmada por este lado la ambicion de la reina, tanto más, cuanto que habiendo nacido en 1729 un heredero al rey de Francia, debió aquella perder las esperanzas de colocar á su hijo en el trono de la nacion vecina.

CAPÍTULO VI

Reconquista de Oran.—Guerra de la sucesion de Polonia.

La reconquista de Oran, llevada á cabo despues de lo que queda referido, fué empresa mucho más útil para nosotros que cuantas se intentaron en aquella época. Habíanse apoderado de dicha plaza los moros en 1708, capitaneados por un renegado español de baja esfera, conocido por el apoyo de *Bigotillos*, á quien aquel hecho granjeó la dignidad de bey de Oran. Cumplia al honor de nuestra nacion remediar inmediatamente aquella pérdida y castigar á los agresores; pero ocupado con los aprestos de la guerra de sucesion, y despues con los empeños en que lo metió, ya la propia, ya la ajena política, no pudo Felipe V trabajar en el recobro de Oran hasta este tiempo, zanjadas ya todas las diferencias que habían llamado la atencion de la Europa. Verificáronse los preparativos con el sigilo que en caso semejante acostumbraba usar nuestro gobierno; sigilo que, como en otras ocasiones, despertó recelos en las demas potencias, aleccionadas ya por lo que sucedió cuando la expedicion de Sicilia. Concluido todo el trabajo preparatorio, pasó á Africa el conde de Montemar con un ejército de treinta mil hombres en una escuadra compuesta de doce navíos de guerra, dos fragatas, dos galeotas, doce faluchos armados y sobre cuatrocientos buques de transporte:

apresto formidable, y cual hacia muchos años no se había visto aportar á las playas de Berbería. Por una estraña combinacion de los sucesos, fué Riperdá, de cuyas aventuras se ha hecho sucinta mencion en uno de los capítulos anteriores, quien puesto ahora á la cabeza de los moros guerreó con buen ánimo contra las tropas de Montemar. Efectuaron éstas en buen orden el desembarco, y despues de algunas escaramuzas de poca monta, trabaron batalla con las huestes de Riperdá, que eran en número de veintidos mil moros y dos mil turcos, además de una gran muchedumbre de combatientes indisciplinados, y fueron vencidos con bastante pérdida los bárbaros, quedando por nuestra la plaza de Oran el día 1.º de Julio de 1732. Conseguido esto, volvió Montemar á España con la mayor parte de la armada, habiendo antes intentado inútilmente establecer el sitio de Argel, y habiendo asimismo aplazado la toma de Mostagan, encomendada al marqués de Villadarias, porque el viento impidió que las naves cooperasen con las fuerzas terrestres al logro de aquella tentativa, segun estaba dispuesto en el plan de las operaciones. Quedó por gobernador de Orán el marqués de Santa Cruz de Marcenado, quien tuvo que sufrir mucho por la continua lid de los indige-